

CENTENARIO DEL 98

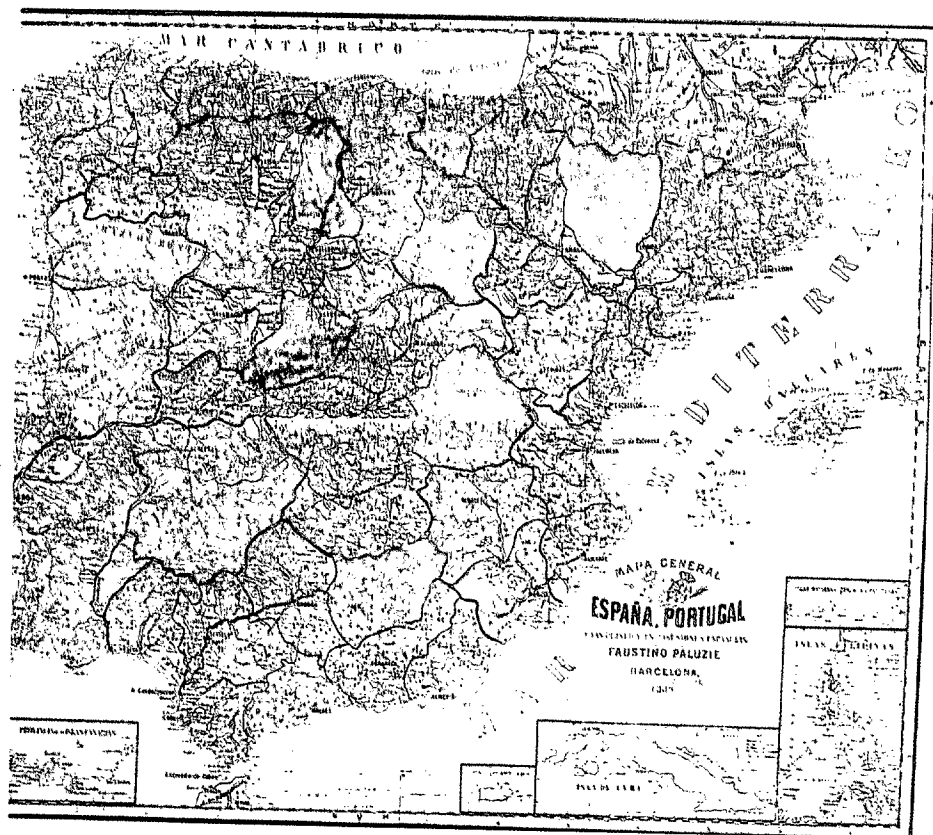
REFLEXIONES SOBRE EL 98

Antonio LINAGE CONDE
Universidad de San Pablo (CEU)



N una de las muchas reflexiones, y profundas siempre, que hizo sobre la España contemporánea Salvador de Madariaga, cuya credencial liberal parece difícil discutir, hizo notar, sin creerse obligado a justificarlo, el trauma que para España hubo de implicar verse tempranamente expulsada de América, el continente que había descubierto y colonizado, y que hablaba su idioma, cuando al cabo de más de medio siglo otras potencias europeas seguían en él. Por cierto que, pasado otro medio, aún permanece alguna. Se ha hablado con razón de crepúsculos equivalentes en los otros países latinos entonces, concretamente la retirada francesa ante Inglaterra en el Sudán y la derrota italiana en Abisinia, pero no tuvieron una trascendencia pareja. ¿Qué decir del ultimátum británico a Portugal cuando éste pretendía unir sus posesiones orientales y occidentales africanas? Ahí la conmoción sí fue decisiva. Recordemos la proliferación de suicidios desde entonces, la formación del grupo literario de *Los vencidos de la vida*, algo tan entrañablemente vivido por don Miguel de Unamuno desde su Salamanca. Pero aún así, en su caso, ello quedaba inmerso en su toma de postura ya muy secular, la preservación de su separación del resto de España a costa de la alianza inglesa. El propio Madariaga la comentó achacándole haber conservado de esa manera sus colonias pero haber perdido su alegría, con la tremenda apostilla de que tres siglos de guerras civiles con los castellanos hubieran sido más fecundos.

Sin embargo, lo que resultaba evidente para el polígrafo coruñés, a quien precisamente se ha podido definir como de «temperamento casi británico y profundamente español a la vez» (Valbuena y Prat), no lo está tanto en estas conmemoraciones noventayochistas y, sobre todo, en la visión de una buena parte de la sociedad espectadora. A propósito de lo cual, me permito traer a colación un recuerdo personal novísimo. Yo suelo decir a mis alumnos que, en un mundo tan radicalmente distinto, como es el suyo del mío cuando como ellos ahora estudiaba, permanece inmutable una situación concreta, el silencio de la clase cuando el profesor pide alguna intervención. Sin embargo de lo cual, al referirme hace poco en el aula al desastre del 98, uno de ellos, por cierto de edad muy avanzada para escolar, lo cual agrava el síntoma, me interrumpió para negar ni más ni menos que desastre hubie-



ra sido (aunque, en honor a la verdad, he de consignar la observación, no por ingenua menos representativa, de otro, joven, molesto por el apoyo de España a los Estados Unidos en la presión a Irak, precisamente en este año de la efemérides). Lo cierto es que ello me ha estimulado a consignar estas divagaciones.

Dos contradicciones

Esa postura negadora del desastre se desdobra a su vez en dos, la que estima que la España de la época no lo sintió como tal, y la que a la luz de los principios ahora en curso piensa que, retrospectivamente, no podemos nosotros tener tal visión. Yo no tengo aquí lugar ni es mi intención tratar sistemáticamente y por extenso de ambos aspectos, sino que sólo pretendo hacer algunas consideraciones a vuela pluma, aunque eso sí, las estimo bastante para arribar lo que entiendo un dislate.

Acabo de oír a un catedrático en una conferencia despachar el asunto con el mero relato del conocido episodio que, cuando ya estábamos en guerra con los Estados Unidos, ocurrió en la isla de Guam. Al acercarse a ella un barco estadounidense y hacer unos disparos, salió el comandante de nuestra guarnición para excusarse de no poder contestar a las que creía salvas de cortesía por falta de pólvora y, naturalmente, cuando su colega le enteró de la realidad de la situación no pudo ofrecer resistencia. Para ese profesor, esta anécdota era bastante para sentar dogmáticamente que la España de la época estaba inmersa en una frivolidad ajena a aquel evento y sus consecuencias. Ahora bien, si alejamos de nuestra consideración lo que sí sería una frivolidad historiográfica, desde luego que aquella situación concreta nos parecerá enteramente ordinaria. Que una isla lejana, en un pequeño archipiélago, sin valor estratégico en las coordenadas coetáneas, estuviera indefensa era algo puesto en razón en los planes de cualquier potencia.

Se valora también la significación de que la gente fuese a los toros en las tardes mismas de la derrota naval. De ello va a tratar aquí mismo una pluma autorizada. Yo voy a limitarme a pedir una reflexión. Los de mi edad hemos conocido los lutos familiares interminables, con la exigencia de una vida retraída y con muchas limitaciones, además de vestir de negro. Ahora en cambio han desaparecido casi del todo estas manifestaciones externas. Pues bien, cotejemos el impacto de la pérdida de los seres queridos entonces y ahora, poniéndolo en relación con las conductas de los afectados, tanto las espontáneas como las forzadas, y acaso luego no nos escandalizará tanto aquella reacción aparentemente nada más que de una despreocupación lúdica.

En fin, se aleja el comportamiento mezquino y poco sensible de los españoles de entonces a los soldados repatriados. No conozco a fondo el tema, pero dando por supuesto que algo de ello hubiera, ¿no podría obedecer un tanto al deseo de olvidar la llaga, precisamente por seguir abierta, en sintonía o no con alguna mala conciencia?

Yo sí alcancé a conocer a unos cuantos de aquellos soldados, ya rondando la ancianidad, los que en su día habían pasado cuatro años de servicio en ultramar. Y es curioso, por su cultura elemental y su manera concordante de ver las cosas, predominaba en ellos el convencimiento de que Cuba «había sido vendida» y ellos traicionados, pero nunca se quejaban de haber sido enviados a una empresa ajena, ni negaban que el resultado hubiera sido eso, una pérdida, un desastre. Recordemos en este sentido la existencia de un patriotismo genuinamente popular, tan a la vista entre nosotros si nos acordamos del 2 de mayo, muy lejos ese sentimiento de ser una mera superestructura burguesa y dominante, por seguir la terminología de quienes así tan simplificadoramente lo piensan.

Y, por supuesto, este balance que venimos postulando no supone negar que, desde hacía muchos, ya muchos años, se hubiera incurrido por nuestros gobiernos en errores diplomáticos graves, ni tampoco que no los hubiera mili-

tares en el desarrollo de la campaña. Tengamos en cuenta en este sentido que, desde las primeras consecuencias internas de la guerra de la independencia contra los franceses de Napoleón, la historia de la España decimonónica, hasta la Restauración, fue un tanto anómala y, en cuanto a la propia Restauración, no pudo llegar a asentar en una estabilidad próspera y definitiva la herencia de esa manera recibida.

Pero, descartado pues el invento de que aquella España no sintiera como un desastre doloroso la amputación ultramarina, y aunque ello se sale propiamente de la historiografía, y podría llevarnos al vicio incompatible con la buena causa de la misma de la extrapolación anacrónica, consideremos aquella situación a la luz de los principios que hoy coincidimos por lo menos externamente en respetar. Si el colonialismo está superado, es más, lo condenamos, y el 98 acabó con nuestras colonias en América y en Asia, tenemos que darle la bienvenida retrospectiva. También se dice que al terminar las guerras coloniales se evitó el sufrimiento de muchas gentes, en su mayoría económicamente las más débiles, con lo cual únicamente habría afectado, al menos mediatamente, el percance a «los fortunones antillanos» de que habló Valle-Inclán en «El ruedo ibérico», y a los harineros castellanos y fabricantes de tejidos catalanes perjudicados en sus exportaciones, pongamos por caso. Pero, ¿acaso nuestros soldados potenciales no lucharon en otros frentes después, y seguir por este camino nos alejaría del tema?

Ahora bien, si nuestra pérdida hubiera equivalido a la independencia de esos territorios, podríamos tener en cuenta tal postura (aunque las independencias tempranas pueden ser contraproducentes y nada beneficiosas para los independizados. Es un historiador francés, Pierre Chaunu, quien explica en parte el panorama que Madariaga llamó en el continente americano, de los Estados desunidos del Sur frente a los Estados Unidos del Norte, por lo prematuro de su separación de los primeros de la madre patria). Pero no olvidemos que el resultado no fue aquél, sino la conversión de los mismos en colonias de otra potencia, los Estados Unidos, incluso Cuba durante los primeros años, permaneciendo después limitada su independencia en virtud de una enmienda conocida a la concesión de la misma.

Recuerdo en este sentido a un periodista muy radical políticamente, Luis Bonafoux, autor, entre otros, de un estridente libro titulado «Bilis», cuyo contenido responde al título, precisamente procesado por un tribunal de Puerto Rico entonces por actividades antigubernamentales y exiliado en París. Sin embargo, a la vista del resultado de la guerra, manifestó que la causa progresista no había ganado nada, al contrario, con aquella sustitución de un colonialismo por otro. Así las cosas, el telegrama de felicitación de Sabino Arana al presidente McKinley por su victoria sólo se puede explicar por el principio de que los enemigos de mis enemigos son amigos míos.

Y lo que sí conviene tener muy en cuenta, pues entre nosotros resulta vergonzosamente desconocido —aunque eso no debe extrañarnos si reparamos

en cómo decimos, bárbara y no sólo masoquistamente, «América Latina»— es que en Cuba nunca se consideró que los Estados Unidos hubieran sido sus aliados en la guerra de su independencia, sino una potencia tercera que intervino por su cuenta y en beneficio propio, y eso de siempre, no solamente desde la Revolución. La única aportación de ésta es llamar al régimen posterior a la independencia «república colonial». Uno de sus caudillos, Máximo Gómez, dijo que él, que había luchado veinte años por Cuba contra España, estaría dispuesto a luchar por España contra los Estados Unidos. Y en el Museo de la ciudad de La Habana, antiguo palacio de los capitanes generales, el texto grabado en un muro de uno de los próceres es decisivo, refiriéndose a la guerra con la metrópoli como una contienda civil, próxima a terminar con un abrazo entre hermanos cuando la intromisión extranjera tuvo lugar. (Los antillanos que miraron como aliada a la potencia vecina no eran independentistas, sino anexionistas, aunque no lo proclamaran abiertamente, y existieron desde luego, aunque eran una minoría exigua, por supuesto no todos los que desde hacía ya bastante hubieron de buscar refugio en Nueva York y otras urbes).

En cuanto a Filipinas, se está creando mediáticamente un confusiónismo inaudito al hablarse sin explicaciones en este año del centenario de su independencia. Pues si es cierto que ellos así lo conmemoran, es por referirse a la independencia de derecho, la que entonces declararon, pero a la fuerza quebrantada por la intervención norteamericana contra los filipinos ya libres de España y que siguieron algún tiempo resistiendo, y que de hecho no fue reconocida por la potencia ocupante hasta 1946. Un dato curioso es el *Te Deum* que cantó en su catedral el arzobispo de Manila cuando los japoneses entraron en la ciudad en la segunda guerra mundial. De la destrucción de su casco viejo por los norteamericanos al recuperarla nada hemos de decir aquí. Pero no olvidemos la teoría de Toynbee, bastante puesta en razón, de ser la guerra un conflicto de civilizaciones. Refiriéndose a la Semana Santa en Mayagüey, según un conferenciante puertorriqueño de estas jornadas de impronta inconfundible sevillana, decía él no ser traducible al inglés.

Recientemente, el escritor cubano Guillermo Cabrera Infante, tomando una postura muy extraña entre sus compatriotas de dentro y de fuera, ha censurado nuestra expresión de lo mucho que se perdió en Cuba, alegando que la emigración tan fecunda que siguió demuestra lo contrario, que se ganó, y cotejando la situación con la británica al perderse la India, sin lamentación alguna. A ello hay que alegar que esa emigración habría tenido lugar lo mismo o incrementada de haber terminado nuestra presencia de otra manera, y a la comparación, el cambio de las circunstancias la hace inviable, en cuanto dolerse de una vuelta a la normalidad después de 1945 implicaba unas nostalgias imperialistas con alguna gota fascista, que desde luego existían entonces, y no nos olvidemos del propio Winston Churchill, pero no así en 1898.

Con lo cual, dejándonos de refutaciones, hemos de abordar el tema de una manera positiva.

La prueba definitiva: la fecundidad de la reacción

La expresión que a determinados escritores de la época englobó definitivamente como Generación del 98 no parece ya sostenible, ante todo por su equívoco, también por lo difícil de determinar los destinatarios del apelativo. Sin embargo, ha acabado resultando muy positiva, y convenientemente enmendada, y sin pretensiones dogmáticas, sigue siendo potencialmente acreedora a la atención y el interés.

Pues lo que en ella había de cierto era la comprobación de que ante el desastre se produjo una reacción que alumbró la fecundidad literaria en cuestión. Sólo que el fenómeno no quedó circunscrito a los escritores que se dio en llamar noventayochistas, ni siquiera a la literatura nada más. ¿Acaso no fue un fruto suyo toda la edad de plata que se prolongó hasta 1936? En este sentido, recuerdo la observación que, ya hace muchos años, me hizo en Salamanca uno de los mejores conocedores de toda la coetánea, Luis Sánchez-

Granjel. Me dijo entonces que se había polarizado el interés de los estudiosos de la historia literaria hacia los tales noventayochistas y hacia los modernistas, desatendiendo otros ámbitos de las letras contemporáneas, por ejemplo, la novela erótica de Felipe Trigo, al fin y al cabo con su dignidad y su carga ideológica, autor él también de «El amor en la vida» y en los libros y de «Socialismo individualista», en todas sus obras un *ex libris* con el lema *Yo hablo en nombre de la vida*. Es más, no sólo esta corriente, sino la modernista también, incluso llegada a la indolencia proclamada en su autorretrato por Manuel Machado, se pueden explicar como reacciones ante el desastre. Y una atención muy particular se merece la figura poco clasificable, por eso mismo, de Vicente Blasco Ibáñez. Así, en las jornadas conmemorativas de la Real Academia de la Historia, José María Jover se ha referido al paralelo de la «Cansera», del murciano Vicente Medina, cual otra de sus caras.



SOROLLA
ZULOAGA

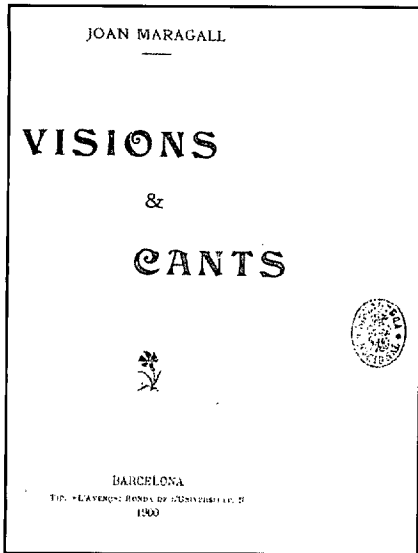
Das visiones para un cambio de siglo

Por otra parte, otra de las posturas, la regeneracionista, a menudo ligada a regionalismos de nueva aparición, como el castellano, sólo puede entenderse en relación al 98 también, y ahí podemos pensar en el propio Costa, el autor de «El problema nacional» y la novela «La tierra de Campos», de Ricardo Macías Picavea; el notario de Frómista, Julio Senador; el ingeniero segoviano Luis Carretero Nieva, autor de «La cuestión regional en Castilla la Vieja» con su herencia en el exilio mexicano; su hijo Anselmo Carretero Jiménez escribiría «Las nacionalidades españolas», en un espíritu amplio que no se olvida ni de Portugal ni de Hispanoamérica (la inclusión en ésta del Brasil resulta de la denominación romana de Hispania y de la afirmación de Camoens, «castellanos o portugueses, porque españoles lo somos todos», algo no por olvidado menos real, que ha tenido en nuestros días eco, por ejemplo, en un formidable novelista pero nada hispanófilo, el de Viseu, Aquilino Ribeiro). En cuanto a Cataluña, la desgarradora, Oda a España, de Maragall, en su lengua, no puede ser más noventayochista. Y el optimismo de su postura, que parece ahora se subraya en la exposición que para conmemorar la efemérides se puede ver en Barcelona, no fue una excepción en el conjunto peninsular, sino otra de las caras comunes, nada más.



SOROLLA
ZULOAGA
Dos visiones para un cambio de siglo

En más detalles no podemos entrar, aunque vamos a aludir a la valoración que entonces hacen del paisaje castellano los hombres de la periferia, y no sólo los escritores, que ahí tenemos, pintiparado ejemplo, el del pintor vasco Ignacio Zuloaga, la acuñación castellana de cuya inspiración definitiva era bien conocida, habiendo demostrado a la postre, concretamente el segoviano Mariano Gómez de Caso, la presencia continua en su paleta de la singular topografía de la villa castellanovieja de Sepúlveda. Y, a propósito de las posturas diversas dentro de una cierta unidad de que decimos, no puede ser más instructivo su cotejo con Zuloaga, y de ahí lo óptimo de la idea de la exposición que acaba de conjuntarlos en Bilbao y en Madrid. ¿Una compensación subconsciente a nues-



tra derrota naval esa mirada al interior? ¿Otra reproducción más en la difícil circunstancia del mito de Anteo que tomaba fuerzas al contacto con la madre tierra? En todo caso, la explicación que dio más tarde el valenciano Joan Fuster, al valorar el suyo de la huerta feraz, de prestarse el de tierra adentro a desarrollos teologales, no nos convence sin más, teniendo en cuenta la fuerza que el laicismo tenía en aquellos espíritus.

Naturalmente que no pretendo que todo lo escrito sea irrefutable, y lo consigno con el respeto debido a las opiniones contrarias que puedan fundamentarse. No así a las caprichosas, aunque ahora se propenda a respetarlas también, olvidándose de que en esos casos el respeto sólo procede a los

hombres que las sostienen. Un caso típico es el de la expresión «América Latina», sin la mínima justificación requerida en la realidad. Pues si se estima que a la aportación española y portuguesa hay que unir las otras que han configurado ese conjunto, no se puede reducir la enmienda a las latinas, en cuanto las ha habido, entre otras, germánicas, escandinavas, ánglicas, eslavas, judías, asiáticas y árabes, sin olvidarnos de la fundamental base indígena, generadora del fecundo mestizaje que tanto nos honra, y de la africana, tan esencial en la configuración de las culturas brasileña y cubana, por ejemplo.

